

(15) La cigarra canta por medio de un complicado aparato, semejante a un tambor, que ocupa su cavidad torácico-abdominal, y por la analogía de tal instrumento con la laringe humana no se considera impropio aplicar al reclamo de la cigarra el nombre de canto. (*V. Le Chant de la Cigale, Revue Scientifique*.—Diciembre 7 de 1877.)

(16) *Fioretti*, c. xx.

(17) *Et apibus in hyeme, ne frigoris algore deficerent, mel, sive optimum vinum faceret exhiberi.* (Tomás de Celano, obra citada.)

CAPITULO V

LA POBREZA FRANCISCANA Y LAS HEREJÍAS COMUNISTAS

Actividad intelectual del siglo XIII.—Monjes y frailes.—Tendencia comunista.—Relación histórica de la Orden Franciscana y las herejías del siglo XIII.—División de las sectas.—Valdenses.—Maniqueos: su origen.—Sabor gnóstico del maniqueísmo.—Su difusión y creencias.—Pedro Parente.—Cruzada contra el mediodía de Francia.—Papel de la Orden Franciscana en el territorio albigense.—Fray Elías.—Su historia y carácter.—Indicios de zelantismo.—Joaquín de Cosenza.—Amarlario de Chartres.—El Evangelio eterno.—La Universidad de París.—Libelo de Guillermo de San Amor.—Juan de Parma.—Zelantes y fraticelos.—Juan de Oлива.—Celestino V.—Bonifacio VIII.—Espirituales y mitigados.—Relajación.—Hubertino de Casal.—Segarello.—Las turbas de apostólicos.—Dulcino y Margarita.—Begardos y beguinas.—Distinción de zelantes, fraticelos y dulcinistas.—Orígenes del panteísmo místico.—El budismo, religión pesimista, ascética y mendicante.—Enlace del budismo con las herejías comunistas.—Carácter pesimista del moderno nihilismo.—La controversia sobre la pobreza de Cristo: espíritu social de la Iglesia.—Puntos de contacto de las herejías del siglo XIII y el socialismo y comunismo actuales.—Esperanza en la palingenesis final.—Hasta dónde llega la condición democrática de la Orden Franciscana.

.....
A fin de hablar claro, diré que Francisco y Pobreza son estos amantes...

(Dante, *Paraíso*, C. XI)

En pocas épocas desplegó tanta actividad el pensamiento humano como en el admirable siglo XIII.

iniciada desde el XII la decadencia del feudalismo; en triunfante principio, ya que no en todas sus consecuencias, la unidad monárquica y régimen municipal, sale a escena un actor nuevo: el pueblo (1), que así como de esclavo se convirtió en siervo, de siervo pasa a colono o ciudadano y, en suma, a ser libre. Primer señal de emancipación es el ejercicio de su inteligencia, el interés que le inspiran las hondas cuestiones propuestas por la escolástica y debatidas en las aulas, y su anhelo de tomar parte en la vida religiosa, no sólo con la devoción, sino con la acción. Responden a aquél las Universidades, y a éste las Ordenes mendicantes, singularmente la franciscana, cuyo carácter comunicativo y popular reconocen los historiadores. Aislados los Padres del yermo y los monjes en sus retiros; consagrados a la contemplación o al estudio solitario, no pudieron ejercer la influencia social que desde luego alcanzaron los frailes. Un hecho atestigua elocuentemente esta verdad. Mientras los eremitas buscan desiertos, *yermos*, para sepultarse, y Benedictinos y Bernardos fundan sus majestuosas abadías y vastos monasterios en algún apartado valle o montaña, Predicadores y Menores prefieren establecerse en el riñón de las villas, en los más populosos barrios de las ciudades; por cada convento establecido en lugar salvaje, lejos de toda habitación humana, se hallarán cien en poblaciones y campiñas fértiles. Otra causa hay: el monje vive labrando sus tierras, o haciendo que las labren sus siervos; el fraile, de limosna. Si no ha de morir de hambre, le es forzoso acercarse a sus semejantes y morar entre ellos; y así viene a constituir la pobreza vínculo estrecho, que enlaza al fraile con el resto de la humanidad. De los subsidios que recibe, toma el fraile lo estrictamente necesario para la vida, y el resto lo devuelve al pueblo en una u otra forma: capillas, iglesias, públicas distribuciones de víveres,

caridades que a su vez reparte a los necesitados, hospitales y leproserías. Como su regla le veda poseer, no se estanca jamás en sus manos el caudal; como su regla le prohíbe lo superfluo, no dilapida: admirable fruto de la pobreza voluntaria, tal cual la concibió el genio de San Francisco.

Mas al invadir la marea intelectual y el movimiento político a la plebe, despertaron en ella la aspiración comunista. No ha de entenderse en este caso la palabra *comunismo* en el sentido restringido que hoy tiene, sino en el general y filosófico. El comunismo existe latente en todos tiempos; pero en unos arrecia más que en otros, y se manifiesta en distintos terrenos, según las épocas. Siempre que la multitud solicita que se distribuya entre la mayoría un bien que posee la minoría, hay petición comunista; pero el bien apetecido puede ser de muy diverso género. En Grecia quisieron los más regir el Estado que gobernaban los menos, de donde las luchas entre oligarquías y democracias. En el siglo XIII pretenden las muchedumbres, no los beneficios espirituales del Cristianismo, que esos de hecho los gozaban, sino interpretar la Escritura, definir el dogma y establecer independientemente reglas éticas: pretensión que fué germen de múltiples y variadas herejías. Más práctico el moderno comunismo, sin prescindir de la omnimoda libertad política y religiosa, reclama principalmente la partición de la riqueza: por eso nos hemos habituado a considerar en el comunismo el problema económico, olvidando que encierra otro político e intelectual. Si se limitase el comunismo a afirmar el derecho natural de todo hombre a realizar los fines todos de la vida por medios lícitos, no haría sino atenerse a un principio practicado por la Iglesia, que dió a las clases ínfimas acceso a la más alta magistratura de la tierra, el Pontificado; pero el comunismo no pide derechos para el individuo, sino para la

colectividad: éste es el golfo en que naufraga. Cada individuo contiene la especie, y por ello ésta se afirma o se predica de él: lo que del individuo decimos en general, de la especie también; y sin embargo, lleva el individuo tal sello de personalidad, que así como en dos cantidades irreductibles la serie más larga de aproximaciones no puede evitar la fracción que las separa, de un individuo a otro habrá siempre diferencias que les impidan representar valor exactamente igual. Por eso, de todos los comunismos, es el intelectual el más absurdo; los demás pueden realizarse materialmente mucho o poco tiempo: éste, aunque en rigor absoluto sea posible, todavía, si atendemos a los hechos y al indescriptible vigor y agilidad del espíritu, claro está que no se verifica ni el espacio de un instante.

Está la historia de la Orden Franciscana muy ligada a la de las herejías del siglo XIII, de algunas especialmente, en tal manera, que hasta para distinguirlas conviene no separarlas. Obsérvese, no obstante, en los modernos cronistas del Santo de Asís tendencia a pasar de largo, a rehuir ese punto, o a tocarlo con recelo y temor, muy de rechazo, episódicamente. Respetando los motivos de prudencia que dictan esta conducta, séanos lícito adoptar otra. Abre el misterio la puerta a la sospecha, y la verdad no ha de temer la luz. Yerro notable es creer que el aproximar los sucesos históricos y compararlos, valga tanto como identificarlos; y equivocación no menor, figurarse que los hechos se dan aislados en la historia, que no los enlaza íntima solidaridad, no los regula ley ineludible. Las épocas de mayor fecundidad religioso-intelectual son propensas a dar a luz más abortos de herejías; cuando se medita sobre la naturaleza de Dios, es cuando se puede errar acerca de ella. Del teólogo ortodoxo al heresiarca media siempre un error intelectual; pero este error, parecido a

sombra de un cuerpo opaco, no existiría sin presuponer el foco de luz que baña el otro hemisferio.

Conócense las herejías de los siglos XIII y XIV con diversísimos nombres, y se dividen en innumerables sectas; en rigor pueden reducirse a tres principales: *valdenses* o *pobres de Lyon*, *albigenses*, *cátaros* o *patarinos* (que son en conjunto *maniqueos*) y *fratricelos* o *begardos*. Su distribución geográfica es como sigue: los maniqueos, venidos de Oriente, se extienden por Tracia y Bulgaria, Alemania, Lombardía y Francia; los valdenses y fraticelos invaden el Delfinado, Suiza, Provenza, Italia y parte de España; los begardos, las orillas del Rin. Carecerá siempre de exactitud nimia esta localización de las sectas; pues aunque el foco de los albigenses—por ejemplo—sea Provenza, y el de los cátaros Lombardía, cundieron por todas partes, y no cabe limitarles a un territorio, como tampoco clasificarles exactamente según sus dogmas: tanta es su variedad, y tal la dificultad de hallar datos seguros en que fundarse. Sectas por lo regular esotéricas, doblemente obligadas a encubrir sus creencias por huir de las persecuciones; quemados o destruidos casi en su totalidad los pocos libros que escribieron (2), faltan importantes documentos para juzgarlas en detalle. Por lo cual es conveniente no considerar en ellas los arroyuelos, sino los anchos ríos, las corrientes mayores; conocerlas en sus direcciones capitales y en su papel social. Dan luz para entender lo que fueron las principales herejías los procesos instruidos a sus fautores, los libros en que los apologistas católicos las atacan, las doctrinas que consta predicaron públicamente sus jefes, y la conducta que siguieron sus afiliados.

Son los valdenses o pobres de Lyon la secta de origen más moderno, de patria más conocida y de genealogía más clara de las tres en que se dividen

Segunda parte.

los herejes del siglo XIII. Tuvo por precursores a Enrique de Lausana y Pedro de Bruis, que a vueltas de negar la eficacia de los sacramentos, clamaban reforma en las costumbres del clero y supresión de las pompas del culto. A ambos combatieron San Bernardo y Pedro el Venerable: Enrique de Lausana murió en perpetuo encierro; Pedro de Bruis fué arrojado por el pueblo a la hoguera en que se disponía a quemar las cruces arrancadas de los altares. A fines del siglo XII, un comerciante de Lyon, Pedro Valdo, ve caer herido de muerte repentina a un conciudadano suyo: su imaginación se exalta; vende sus bienes, los distribuye a los necesitados, y reuniendo gente humilde, comienza a explicarle el Evangelio; en breve junta buena porción de discípulos, que toman el nombre de *pobres de Lyon*. Visten ropas modestas, usan los zapatos cortados por arriba, en signo de pobreza, de donde viene llamarlos *ensapatados* (3); leen frecuentemente las Escrituras, y muestran condición pacífica. De tal modo es inconsciente, o encubierta al principio, la heterodoxia de Valdo, que en 1198 Inocencio III otorga a los valdenses permiso para leer las santas Escrituras y orar en asamblea, esperando pararían en comunidad religiosa (4); ellos, por su parte, le piden autorización para predicar, y en 1212 la aprobación de lo que llamaban su Orden. La vida de los pobres de Lyon, en aquellos primeros tiempos, era en sumo grado mortificada y edificante (5); pero del examen detenido de sus doctrinas resultó que querían secularizar el culto, suprimir la confesión, poner la liturgia en lengua vulgar; que consideraban aptos para predicar y administrar sacramentos a los legos y hasta a las mujeres; que negaban la eficacia de la oración por los difuntos. Del extracto de un proceso formado a algunos valdenses en 1387, aparece que en sus conciliábulo se enseñaba que sólo podían salvarse ellos

condenándose el resto de los cristianos; que desde San Silverio la Iglesia era congregación de pecadores; que sólo hay Paraíso e Infierno, y el Purgatorio es la vida humana; que Cristo no fué verdadero Dios, porque Dios no pudo morir; que no deben celebrarse las fiestas de los santos, con otras muchas doctrinas igualmente heréticas (6). Desde 1215 habían sido condenados los valdenses en el Concilio de Letrán, cuyos cánones encargaban encarecidamente a los obispos de las diócesis infestadas de herejía la mayor vigilancia y celo para su extirpación. Cualquiera que fuesen los errores dogmáticos profesados por los valdenses después, la raíz de su heterodoxia es laicista y comunista. Censuraban el boato y vicios del clero, lo cual no es ciertamente herejía; pero con las censuras mezclaban errores, declarando no ser válida la absolución dada por el sacerdote pecador, y serlo la del lego justo; reprobando el poder temporal de los pontífices; arrogándose el derecho de predicar, porque eran pobres, y negándolo a los prelados y abades, porque poseían bienes. De este comunismo religioso se engendró otro práctico: vivían en forma que hoy llamaríamos falansteriana; no conocían mío ni tuyo, y celebraban fraternales ágapes. Reconocen los protestantes por antecesores a los valdenses, y no sin razón, pues de ellos pudieron heredar la interpretación *ad libitum* de la Escritura y el odio a la jerarquía eclesiástica y a la autoridad pontificia; por eso dice el protestante Mosheim que no pretendían los valdenses introducir nuevos dogmas, sino reformar el gobierno eclesiástico, y que clero y pueblo tornasen a la evangélica pobreza (7).—Anticipándose al protestantismo, dedicáronse los valdenses a difundir la Biblia traducida a dialectos vulgares y tratados religiosos en verso romance, por el centro y mediodía de Europa (8); trabajo encomendado a sus predicadores ambulantes, a quienes lla-

maban *barbas* o *tíos*, en señal de respeto. Según opinión de un ilustre autor contemporáneo (9), la secta moderna con que más afinidad tienen los valdenses es la cuáquera; y, en efecto, se les asemejan hasta en el horror a tomar las armas; en tener por ilícito el juramento y la pena de muerte; en la exterior austeridad y pureza de las costumbres, afirmada por un testigo de mayor excepción, San Bernardo (10). No cundieron tanto los valdenses como los maniqueos: hízoles la persecución replegarse en el siglo XV a los Alpes; vino la Reforma, y se incorporaron a la comunión protestante, pero conservando sus creencias. Fueron tan tenaces en guardarlas, que aún las guardan hoy en apartados rincones de Suiza y Francia, donde existen numerosas familias valdenses. Los secuaces de Valdo recibieron, entre sus varios nombres, el de *humillados*: importa no confundirles con otros humillados de Lombardía, congregación aprobada por la Iglesia y curiosa en extremo, puesto que se componía de caballeros y damas nobles que por devoción y humildad, vistiéndose un hábito vil, se dedicaron ellos a tejedores y ellas a hilanderas, estableciendo fábricas de telas de lana y viviendo en continuo trabajo: notable caso de asociación monástico-industrial en plena Edad Media.

Origen y filiación más remota es la de los albigenses, cátaros o patarinos. Del Oriente vienen las creencias todas de la especie humana, y en Oriente, entre las antiguas religiones, encontramos el mazdeísmo o culto de la luz, profesado por un pueblo ario que, saliendo del Norte de Asia, fundó en la Bactriana inmenso imperio (11). Reconocía el mazdeísmo dos principios: Ormuz, el bueno, y Arimanes, el malo, que luchan sin tregua, estando reservada al bien la victoria final. Iba el culto mazdeo decayendo de su primitivo fervor, cuando lo restauró

Zoroastro, a quien se atribuye el libro sagrado del *Avesta*, y en cuya leyenda la verdad anda tan mezclada con la fábula (12). Zoroastro admitía los dos principios: los buenos son hijos de Ormuz; los malos, de Arimanes; pero buenos y malos serán purificados y salvados a la conclusión de los tiempos. Prohíbe la moral de Zoroastro el ayuno, encargando que esté fuerte el cuerpo para que no se enflaquezca el espíritu; permite y aun aconseja el incesto en su grado más nefando: matrimonio del hermano con la hermana, de la madre con el hijo. Aún vive hoy en la India este culto, a despecho de la encarnizada persecución de los mahometanos; llámense sus secuaces *parsís* o *güebros*, y adoran al fuego con supersticiosa reverencia: a Europa fué traída la simiente mazdea por la inmigración de celtas, germanos y escandinavos. La semejanza de algunos dogmas del culto de Ormuz con otros del Cristianismo contenidos en el Antiguo Testamento, pudo ser parte a que del mazdeísmo se engendrara la herejía más insidiosa y tenaz con que hubo de luchar la Iglesia: la iniciada por Manes. El fondo de la religión de Ormuz es panteísmo emanantista: así el bien como el mal emanan de un solo principio, de modo que bien y mal, idénticos en su origen, son igualmente divinos. Casi toda la heterodoxia de los cuatro primeros siglos se enlaza con la teología mazdea, fundándose en la doble emanación, admitiendo ángeles y demonios, dando al mundo por obra de un genio maléfico, con el cual es preciso luchar sin descanso, y esperando en la salvación o *palingenesis* final, idea que encierra el germen de la *redención por el progreso* anunciada por las escuelas humanitario-socialistas de nuestro siglo. Era Manes discípulo de los magos, y al par gnóstico; el mazdeísmo y gnosticismo se dieron la mano para constituir la doctrina maniquea. Para Manes, la materia era Satanás; la luz, Dios; el cuer-

po, obra del demonio; a diferencia de Zoroastro, consideraba ilícito el matrimonio y la comida de carnes. Del sabor gnóstico (13) que tomó el maniqueísmo, nacieron sus misterios y el secreto de sus prácticas; del dogma del mal coeterno con el bien, la sentencia pesimista que reprueba la conservación de un mundo imperfecto, ni más ni menos que pudiera hacerlo hoy un discípulo de Schopenhauer.

Alentaba oculto, pero poderoso, el maniqueísmo en Tracia y Bulgaria, traído de Armenia por los paulicianos (14), y de allí salían de vez en cuando misioneros encargados de difundirlo por los Alpes en las naciones latinas (15). No tardó en dar sus frutos la misión. Ya en el año 1022 fórmase en Tolosa una secta maniquea, siendo los dogmatizantes dos clérigos sabios y de vida ejemplar, Esteban y Lisedo (16). Otro clérigo normando, Herberto, los secundó; pero Arefasto, caballero católico, se introduce entre ellos, sorprende sus ritos y los denuncia; del interrogatorio resulta que afirman la eternidad del Cosmos in-creado, consecuencia rigurosa del panteísmo; la moral desinteresada y escrita en la conciencia, y la inutilidad de las buenas obras para la vida ulterior, negando al par la autoridad de la Escritura, y dando a los dogmas valor puramente esquemático (17). En la trabazón y liga racionalista de estos errores se echa de ver que los enseñaban *clérigos*, gente de letras; y aunque puede haber exageración en las horribles prácticas que se imputan a los maniqueos tolosanos (18), cierto que la indiferencia moral que declaran no es garantía de virtud. Murieron en las llamas estos herejes sin retractarse ni temer: hacia la misma época aparece en Bélgica Tanquelino, que no es hereje docto, como Esteban o Lisedo, sino entusiasta visionario y embaucador, que se dice hijo de Dios y penetrado del Espíritu Santo, y se hace adorar, y arrastra principalmente a las mujeres. De la

misma laya es Eudo de la Estrella, hidalguelo ignorante que revuelve a Gascuña con sus predicaciones.

Con estos chispazos comenzó el gran incendio maniqueo, que por poco abrasa a Europa. Su rápida propagación reconoce varias causas: la claridad del dogma dualista, que fácilmente se insinúa, y el misterio de prácticas y doctrinas secretas, que enciende la imaginación y detiene a los que no lo son todavía; la corrupción del clero y falta de recta enseñanza católica en muchas comarcas; en Italia, los rencores gibelinos, y en el Languedoc y países limitados por el Ródano y Garona y el Mediterráneo, el refinamiento y relajación de las costumbres, la licenciosa y escéptica poesía de los trovadores, la inmoralidad general (19). Desde luego se notan diferencias entre el maniqueísmo de Lombardía y el de Provenza; los cátaros y patarinos afectan piedad y pureza de conducta, mientras los albigenses son indiferentistas prácticos y se entregan al desenfreno. El nombre de *patarinos* viene de *pati* (sufrir) porque alardeaban de mártires (20); el de cátaros, del griego *καθαρός*, que significa *puro, limpio*. Si concordaban todos en ser dualistas, difieren bastante las noticias que nos quedan de los artículos de su credo, y algunas hasta son contradictorias: ya parece que adoraban a Cristo, ya al espíritu del mal, a quien llamaban *dragón*; ya profesaban doctrinas antropomorfistas, y sostenían la materialidad de Dios, ya consideraban a Cristo mera sombra o fantasma, y aparentes sólo su pasión, muerte y resurrección; ya se les achacan torpes excesos, ya vedar hasta las legítimas nupcias. Decíase que, al terminar sus asambleas, apagaban las luces, pronunciando una fórmula clásica, y entregábanse después a todo linaje de abominaciones; por otro lado, que se maceraban, que ayunaban tres cuaresmas al año y que su oración era continua; el dominico Sandrini, que registró los archivos del Santo Ofi-

cio de Toscana, declara que en ningún proceso halló que los patarinos cometiesen semejantes atrocidades. Ello es que tales acusaciones han caído siempre sobre toda asamblea secreta, sobre toda institución que evita la claridad; así fueron juzgados los templarios, sin ser herejes. Lo probable es que en esto como en lo tocante a la variedad de dogmas, encierren fondo de verdad las más contradictorias aserciones; entregados los cátaros a su propia inspiración, no observarían en todas partes igual conducta, y más cuando carecían de regla fija de fe y moral, como lo prueba el hecho de reunirse en una catedral de Lombardía siete obispos cátaros para ponerse de acuerdo en los artículos de su creencia, y lejos de haberse entendido, separarse excomulgándose recíprocamente. Un lazo común une a cátaros, patarinos y albigenses: negar la autoridad de la Iglesia y de la magistratura laica; profesar un dualismo más o menos mitigado, más o menos pesimista, fatalista casi siempre; y—punto en que andan muy acordes los testimonios—reprobar, fuese teórica o prácticamente, las nupcias y la propagación. Hay asimismo conformidad en lo que se refiere de su jerarquía y ceremonias religiosas. Negando los sacramentos todos, habían establecido uno para sí, el consuelo (*consolamentum*) o bautismo del Espíritu Santo, que consistía en imponer sobre la cabeza del neófito el Evangelio de San Juan. Parece que al consuelo dado *in extremis* se enlazaba una práctica terrible: mientras los asistentes recitaban ciertas oraciones, cubrían de almohadas la faz del moribundo; si al terminar el rezo no aparecía asfixiado, ascendía a *perfecto*, grado superior, equivalente al sacerdocio; dirigía la enseñanza de los catecúmenos, y renunciaba al matrimonio, propiedad y uso de carnes: había también *perfectas*, encargadas de instruir a las de su sexo.

A despecho de sus pretensiones de pureza y man-

sedumbre, los cátaros de Italia derramaron la sangre de uno de los pocos hombres que en aquellas duras edades pueden alabarse de humanitarios: Pedro Parente. Fué Pedro Parente enviado por Inocencio III a gobernar a Orvieto, cuyos habitantes católicos se quejaban de las continuas violencias de los cátaros, numerosísimos en aquella ciudad. Entró en ella el nuevo gobernador pisando flores y laurel, que le arrojaba el pueblo en muestra de alegría; y en breve tiempo, con medidas enérgicas, pero sin emplear tormentos ni cadalsos, redujo a los sediciosos y pacificó la comarca. Llegaba la Pascua, y pasó a Roma para celebrarla con su familia; preguntóle el Papa por el desempeño de su cometido, y respondió:—“De tal modo lo hice, que los herejes amenazan matarme.—Vuélvete allá—repuso Inocencio.” Entonces Pedro pide la absolución de todos sus pecados hasta la hora de la muerte; se despide de su madre y esposa, deshechas en lágrimas, y torna a Orvieto, donde ya tenían concertado en su ausencia el modo de asesinarle. Cierta noche el infiel secretario del Gobernador abre las puertas del palacio a los herejes, que maniatan a Pedro Parente, le sacan descalzo y arrastrando, y por último le cubren de heridas, hasta rematarle. Al recibir el primer golpe, Pedro traza en el suelo, con un dedo mojado en sangre, la palabra *Credo* (21). Entretanto arrecia en Francia el maniqueísmo; en Albi, de donde toma nombre, todo es suyo, hasta el señor de la comarca, Roger de Beders; en Tolosa y en Arras domina. Un obispo, el de Carcasona, dimite, no pudiendo contrarrestar el torrente albigense; toda la risueña comarca del Mediodía arde en fuego de heterodoxia (22). Entonces el conde de Tolosa, Raimundo, escribe al abad y capítulo del Cister la angustiosa carta, donde, entre otras cosas, dice:—“Ha invadido esta herejía hasta a los sacerdotes; abandonadas y en ruina yacen las igle-